

EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Nº 47 (2017), páginas 5-11

Daniel Miguel López Rodríguez

Universidad de Sevilla

Comunismo y cristianismo

Resumen:

Se trata de una breve confrontación entre el comunismo y el cristianismo desde el materialismo pluralista y el ateísmo esencial total del materialismo filosófico de Gustavo Bueno.

Palabras clave: comunismo, cristianismo, materialismo, espiritualismo

Abstract:

This paper provides the reader with a brief confrontation to comunism and christianity from the perspective Gustavo Bueno's pluralistic materialism and his total essential atheism.

Keywords: Communism, Christianity, materialism, spiritualism

EL BASILISCO

Fundador

Gustavo Bueno

Director

Gustavo Bueno Sánchez (Universidad de Oviedo)

Secretaría de Redacción

Daniel Guardiola (Fundación Gustavo Bueno)

Consejo de Redacción

Ismael Carvallo (Facultad de Filosofía de León, México)

Jesús G. Maestro (Universidad de Vigo)

José Arturo Herrera Melo (Universidad Veracruzana, México)

Patricio Peñalver (Universidad de Murcia)

Elena Ronzón (Universidad de Oviedo)

Pedro Santana (Universidad de La Rioja)

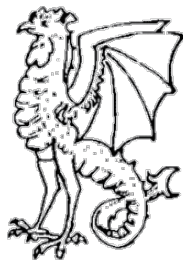
Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados por miembros del Consejo de Redacción Revista evaluada por pares EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral. Véanse las normas para los autores en: <http://www.fgbueno.es/edi/basnor.htm>

<http://www.fgbueno.es/bas>
basilisco@fgbueno.es

ISSN: 0210-0088
Depósito Legal: O-343-78



© Fundación Gustavo Bueno * Avenida de Galicia 31 * 33005 Oviedo (España)



Comunismo y cristianismo

Daniel Miguel López Rodríguez

Universidad de Sevilla

1. El espíritu de partido: el materialismo filosófico

¿De qué modo pretendo enfocar un tema tan complejo y archiconocido como el marxismo-leninismo? Mi decisión es la misma que adopté ante el artículo sobre el cristianismo de *El Catoblepas*, pues el enfoque de aquel artículo (así como de otros artículos en la misma revista y en otras) se hizo desde el *materialismo filosófico* de Gustavo Bueno.

Lo que pretendo es tomar partido por el *materialismo filosófico* como instrumento crítico filosófico de nuestro presente *en marcha*. No voy a estudiar al marxismo-leninismo de modo exento como si pudiese hacerlo desde ninguna parte o desde un conjunto cero de premisas, desde el propio marxismo-leninismo o desde la neutralidad más capciosa. Como dice Gustavo Bueno, *pensar es pensar contra alguien o contra algo* y por ello decidí pensar contra el marxismo-leninismo desde el sistema de Bueno conocido como *materialismo filosófico*, para así poner los puntos sobre las íes en torno a lo que fue el comunismo *realmente existente* y poner toda la carne en el asador respecto a la ontología (el materialismo dialéctico) y la filosofía de la historia (el materialismo histórico) para que la crítica del *materialismo filosófico* tome la sartén por el mango; si es que muestra mayor potencia que el marxismo-leninismo para abordar los asuntos importantes y así criticar del marxismo-leninismo lo que haya que criticar e *invertir* lo que haya que *invertir*, e incluso *triturar* todo lo que sea *triturable*. Tal será el objetivo de nuestra tesis, en la que late la profunda diferencia entre el espiritualismo y el materialismo, así como la superación crítica del *materialismo filosófico* frente al marxismo-leninismo.

Criticando, eso sí, la leyenda negra contra el comunismo (los famosos «cien millones de muertos» de *El libro negro del comunismo* publicado en 1997) y la leyenda rosa o dorada que tienen sobre el asunto muchos *izquierdistas indefinidos* de nuestro presente (sobre todo en España, por no irnos más lejos). Aunque a día de hoy, tras más de dos décadas de la caída de la Unión Soviética, la leyenda negra tiene mayor difusión y potencia que la leyenda rosa (desde luego también en España). Nuestro propósito no será el de absolver o justificar a la Unión Soviética y a sus líderes, ni tampoco de condenarla. Nuestro objetivo se centrará en el entendimiento crítico de la política real del comunismo *realmente existente* y de su crítica teórica desde otro sistema de coordenadas que está instalado en nuestro presente como es la filosofía, escrita y pensada en español, del *materialismo filosófico*.

Por consiguiente, huimos como de la peste de planteamientos maniqueos y *fundamentalistas*, y optamos por la vía *apagógica*, método que consiste en tener muy en cuenta las posiciones e interpretaciones de nuestros adversarios para tomar partido por la propuesta más potente o que menos contradicciones tenga y más consistente sea, tal y como enseñaba Platón en sus diálogos (es decir, abordaremos el asunto por reducción al absurdo). La toma de partido crítica consiste precisamente en llevarla a cabo de modo *apagógico*, lo contrario sería el modo dogmático o sectario, modo de plantear la cuestión que es ajena completamente al espíritu crítico-sistemático del *materialismo filosófico*.

El *materialismo filosófico* es un sistema filosófico fundado por Gustavo Bueno Martínez (Santo Domingo de la Calzada, La Rioja, 1924-Niembro, Asturias, 2016). El *materialismo filosófico* no es un materialismo grosero

o corporeísta, ni se trata de un materialismo monista como el Diamat; en rigor se trata de un materialismo pluralista que sostiene la existencia de una *Materia ontológico-general* (M) que desborda el mundo en tanto *Materia ontológico-especial* (M₁). Y, asimismo, se trata de un *ateísmo esencial total* que no empieza negando la existencia de Dios sino su *esencia*, constatando la imposibilidad de la Idea de Dios (pongamos por caso el Dios de la ontoteología), con lo cual estaríamos ante una *paraidea*, una Idea mal formada, contradictoria y absurda. Y por consiguiente queda negada inmediatamente su existencia al tratarse de algo imposible: *Dios ni existe ni puede existir*.

El *materialismo filosófico* se puso en marcha desde que Bueno publicó en 1970 *El papel de la filosofía en el conjunto del saber* (obra que se pensó precisamente contra un comunista, y además español, para más señas: Manuel Sacristán). En 1972 Bueno publicaría los monumentales *Ensayos materialistas*, obra que expone su ontología que en buena medida estaba pensada contra el Diamat y de forma esquemática y programática marcaría la tendencia del sistema. También en 1972 publicaría su filosofía de la economía política en el *Ensayo sobre las categorías de la economía política*. En 1974 publicó en Pentalfa *La metafísica presocrática*, una historia de la filosofía no meramente doxográfica o filológica sino filosófica, es decir, escrita con la artillería terminológica de los *Ensayos materialistas*, es decir, la aplicación de estos *Ensayos* en la historia de la filosofía (en concreto, como indica el título, en la metafísica presocrática), para medir el alcance de la potencia de los *Ensayos* frente a otros sistemas (una de las tareas de mi Tesis Doctoral). Desde los años 70 Bueno ya venía construyendo su filosofía de la ciencia, la teoría del *cierre categorial*, que culminaría en la publicación de cinco tomos entre 1992 y 1993. En 1985 publicó *El animal divino*, su filosofía de la religión, y en 1996 la segunda edición corregida y aumentada; a lo que hay que añadir las *Cuestiones quodlibetales sobre Dios y la religión* (1989) y *La fe del ateo* (2007). En 1996 publicó *El sentido de la vida* que es su filosofía de ética, moral y derecho. Ese mismo año publicó la primera edición de *El mito de la cultura*, su filosofía de la cultura que trata a la Idea de cultura objetiva como mito *oscurantista y confusionario* en tanto secularización del *Reino de la Gracia* como *Reino de la Cultura* (la penúltima edición de esta obra se publicó en 2014 en Ecuador, a través de la editorial de los hermanos Carpio y la última, la décima, por Pentalfa en 2016). En 1991, con motivo de la caída de la Unión Soviética publicó el *Primer ensayo sobre las categorías de las ciencias políticas*, su filosofía política en la que expone, entre otros asuntos involucrados, una teoría del Estado que supone la *vuelta del revés* del marxismo (tema central en nuestra Tesis Doctoral). En 1999 publicó su filosofía de la historia en una obra titulada *España frente a Europa*. Temas, o más bien problemas, de filosofía de la historia

y de filosofía política que Bueno desarrollaría con *Telebasura y democracia* (2002), *El mito de la izquierda* (2003), *Panfleto contra la democracia realmente existente* (2004), *La vuelta a la caverna: terrorismo, guerra y globalización* (2004), *España no es un mito* (2005), *Zapatero y el pensamiento Alicia* (2006), *El mito de la derecha* (2009) y *El fundamentalismo democrático* (2010). Por no hablar de la inmensa cantidad de artículos de calidad en las revistas *El Basilisco* y *El Catoblepas* (entre otras revistas y periódicos, así como otros libros fundamentales). Su último libro fue *El Ego trascendental* (2016), una ligera ampliación del artículo de *El Basilisco* «El puesto del Ego trascendental en el materialismo filosófico» de 2009.

2. El comunismo como quinta generación de la izquierda definida políticamente

Desde el *materialismo filosófico* situamos al comunismo (tal y como institucionalmente en tanto Estado político se impuso en la Unión Soviética) entre una de las seis *generaciones de izquierda* política que Gustavo Bueno expuso en 2003 en su citada obra *El mito de la izquierda*. En esta obra, como haría seis años después en *El mito de la derecha*, Bueno configura un entramado clasificatorio que *tritura* todo planteamiento maniqueo o armonista, tal y como se formula desde las leyendas negras o rosas: ya en la propaganda del presente *en marcha*, ya en la *historiografía basura*; y además supone un intento de claridad y distinción a la hora de enfrentarnos al *embrollo* establecido entre las *generaciones de la izquierda* y las *modulaciones de la derecha* en la *dialéctica de clases* y la *dialéctica de Estados* de la geopolítica real en el curso de los últimos doscientos años: desde la Revolución Francesa hasta la caída de la Unión Soviética y nuestros días.

La *primera generación de izquierda* fue la izquierda radical jacobina, que irrumpió contra el Antiguo Régimen (el Trono y el Altar) con la revolución y la guillotina. La *segunda generación* fue la izquierda liberal española (las Cortes de Cádiz, en donde se fundó la *nación política española* y se hablaba de los españoles «de ambos hemisferios»). La *tercera generación* fue el anarquismo (Proudhon, Bakunim), cuya pretensión fue acabar con toda forma de autoridad y de Estado. La *cuarta generación* vino a ser la socialdemocracia (los «renegados» Bernstein y Kautsky y el SPD en los años de la República de Weimar en Alemania, es decir, el resultado de la Segunda Internacional, aunque se reestructuraría tras la Segunda Guerra Mundial en la llamada Internacional Socialista). La *quinta generación* fue el propio marxismo-leninismo tal y como se desarrolló en la Unión Soviética junto a la formación de la Tercera Internacional y después en la Kominform

(lo cual implicaba el control ideológico y en ocasiones político y financiero sobre los partidos comunistas de las diferentes *naciones políticas*). Y la *sexta generación* es el maoísmo, es decir, el comunismo chino que aún, pese al giro de Deng Xioping en 1978, sigue perseverando su *eutaxia* y mucho más que eso al ser una de las principales potencias del panorama geopolítico actual, disputándole al Imperio Estadounidense la hegemonía mundial en una nueva Guerra Fría, aunque no se hable en esos términos. Como el futuro está vacío nada diremos de una hipotética *séptima generación de izquierda*.

Pues bien, el marxismo-leninismo se manifestó desde una plataforma *realmente existente* (un Estado, en rigor un Imperio, aunque no se hablase en esos términos) en tanto *quinta generación de izquierda definida*; por lo cual tuvo que inmiscuirse de lleno en los asuntos de la política real tanto en la *dialéctica de clases* como en la *dialéctica de Estados*, lo que implicó la construcción de una *plataforma continental* que funcionaba a nivel geopolítico en el fin de la Primera Guerra Mundial, en el período de entreguerras, en la Segunda Guerra Mundial y durante algo más de cuatro décadas en la Guerra Fría, que terminó hundiendo al Imperio Soviético en 1989 con la caída del muro y el «imperio exterior» y en 1991 con la separación de las repúblicas que formaban la Unión. Y esa unión política no fue otra cosa que un Imperio, aunque dicho término fuese tabú. Un *imperio generador*, para dar más pistas; es decir, una sociedad política centrífuga que trata de asimilar a la metrópolis a los territorios conquistados, lo cual implica la industrialización del país, la alfabetización y la sanidad de sus habitantes.

En tanto *izquierda definida* (y no como mera *izquierda indefinida* más propia de una ONG o una asociación humanista y apolítica) el comunismo fue posible a través del Estado; pese a que la dogmática marxista tenía un horizonte anarquista en el que se hablaba de la «abolición del Estado», pero precisamente los que venían a abolir el Estado lo hicieron más fuerte hasta construirlo, o reconstruirlo, en un Imperio, tal y como *mutatis mutandis* ocurriría también en China (y en todo Estado donde se impuso el «socialismo real», es decir, no utópico). Si los bolcheviques no hubiesen llevado a cabo la revolución en octubre de 1917 y no hubiesen edificado, como lo hicieron contra todo pronóstico, esa inmensa fortaleza llamada «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas», la figura de Marx sería a día de hoy tan conocida para el gran público como la de Ludwig Feuerbach o Max Stirner; es decir, Marx sería simplemente un filósofo y economista alemán del siglo XIX que sólo lo conocerían eruditos o individuos más o menos al tanto de los entresijos político-filosóficos del decimonónico siglo.

Algo así pasa con la figura de Jesús de Nazaret; pues si el Imperio Romano de Constantino en el edicto de Milán del año 313 no hubiese sacado al cristianismo

de la clandestinidad y posteriormente en el edicto de Tesalónica en el año 380 siendo emperador Teodosio no se hubiese proclamado al cristianismo (trinitario y no unitario-arriano) como religión oficial del Imperio, la fama de Jesús de Nazaret sería tanta como la de Apolonio de Tiana y el visionario de Galilea sería un personaje para eruditos. Es decir, fue el Estado romano el que hizo a Jesús una figura de renombre universal (así como ese mismo Estado lo crucificó tres siglos antes por sedición: *Lex iulia lesae maiestatis*). Y, *mutatis mutandis*, fue el Estado soviético el que hizo que Marx fuese una figura de renombre universal, más allá del bien y del mal. Sin Marx no hubiese sido posible la Unión Soviética, pero sin la Unión Soviética Marx no sería Marx, y simplemente sería el autor de un libro llamado *El Capital*, sin duda genial pero poco más.

La Unión Soviética se construyó durante lo que Nicolas Werth (uno de los autores de *El libro negro del comunismo*) ha denominado «Segundo período de desórdenes», en el que Rusia era un polvorín (el Primer período de desórdenes sería en el siglo XVII tras el reinado de Iván el Terrible que, al no sacrificar a los boyardos, dejó al incipiente Imperio Ruso en una tremenda inestabilidad y en continuos disturbios). Este Segundo período de desórdenes fue asombrosamente pronosticado por Joseph de Maistre en el año 1811 anunciando lo terrible que sería una revolución popular al estilo europeo en Rusia por un «Pugachov de la Universidad», el cual vendría a ser Lenin: «no hay palabras para expresar lo que podría temerse»¹. Y también lo fue por Karl Marx el 17 de enero de 1859 en el *New York Daily Tribune*, al afirmar que si la nobleza rusa continuaba oponiéndose a la emancipación de los campesinos entonces explotaría una gran revolución de la cual aparecería un «régimen de terror de los siervos de la gleba semi-asiáticos, sin precedentes en la historia»².

También se construyó durante un período de la historia en la que los entramados geopolíticos eran complicadísimos, posiblemente los más complicados de la historia (más complicados que los de ahora, que ya es decir bastante). Nos referimos, tal y como la llamó Winston Churchill, a la «Segunda guerra de los treinta años». Nos referimos al conflicto que se desarrolló en Europa (y también en otras partes del mundo) que se prolongó desde 1914 hasta 1945 (la guerra de los treinta y un años, pues). Para advertir al público que ha leído a aquellos historiadores negrolegendarios que se creen que Stalin era tan ingenuo como ellos, hay que decirles que Stalin venció a todos sus enemigos (internos y externos, es decir, en la *dialéctica de clases* y en la *dialéctica de Estados*), en la situación geopolítica más complicada de la historia. Eso puede que no guste, pero que guste o deje de gustar da igual porque es la realidad, y aquí lo que nos

(1) D. Losurdo, *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*, Traducción de Antonio Antón Fernández, El Viejo Topo, Roma 2008, Pág. 111.

(2) *Ibid.*

importa son los *finis operis* y no los *finis operantis* de los sujetos implicados en la trama, ya que ésta está por encima de sus voluntades y por ello mismo va más allá del bien y del mal, en palabras del propio Marx.

3. Materialismo y espiritualismo

La batalla entre comunismo y cristianismo es parte de una batalla dada a escala más amplia. Podríamos decir que se trata de una *morfología* de un *lisologismo* que consiste en dividir a los sistemas filosóficos en materialistas y espiritualistas (problemática central en nuestra Tesis Doctoral). Pero tanto materialismo como espiritualismo se dice de muchas maneras; por eso decimos que sin dar referencias se está hablando de modo *lisológico*, es decir, que la especie anega el género y no hay manera de aclarar y distinguir nada porque todo se confunde en *la noche en la que todos los gatos son pardos*. Y, como es bien sabido, hay muchas tendencias de materialismos y de espiritualismos, las cuales debemos de criticar, esto es, clasificar. Todo ello contando también con el escepticismo, que por definición no puede ser sistemático, aunque sí se *ejercite* un sistema y por ello unos escépticos son más cercanos al materialismo y otros al espiritualismo, puesto que unos escépticos son incrédulos y tienden hacia el ateísmo y otros son crédulos y tienden al fideísmo.

La manera más rápida que ha encontrado el *materialismo filosófico* para distinguir, en general, el espiritualismo del materialismo es a través de las Ideas de Cuerpo y Vida. Espiritualista es todo sistema que postula la posibilidad de vivientes incorpóreos, que vendría a ser inteligencias separadas del cuerpo orgánico. Materialista, en cambio, es todo sistema que postula la condición corpórea de todo viviente y considera imposible la existencia de vivientes incorpóreos y la inteligencia allende el cuerpo orgánico.

En el caso del cristianismo se trata de un espiritualismo porque sostiene la existencia de vivientes incorpóreos, que vendrían a ser Dios, los ángeles y los demonios, y también las almas de los difuntos hasta que recuperaren sus cuerpos, aunque gloriosos, en el día del Juicio Final; de ahí que el dogma de la resurrección de la carne tenga un componente materialista, por vulgar y grosero que éste sea.

Por tanto, el mundo, al ser creado por Dios, no es una ilusión o una *apariencia falaz* (como era en Plotino o en los gnósticos) y es real al tener estatus ontológico aunque en un escalafón inferior al del espíritu. Además, Dios se encarna en un hombre (el hijo de María), y por ello vale decir que el cristianismo no es un espiritualismo absoluto, y por consiguiente es diagnosticado desde el *materialismo filosófico* como

un *espiritualismo asertivo descendente* al afirmarse la materia, al proclamar que la materia es *realmente existente* por la Gracia de Dios que la creó. En esta tesitura Dios, en tanto espíritu puro y primera causa (primer analogado), está separado de un mundo que ha creado *ex nihilo*; un mundo en el que se desarrolla el drama de la historia sagrada que es revelada desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis* (el alfa y el omega). Hay, por tanto, un *yorismós* entre Dios y el mundo, lo que tradicionalmente se ha conocido como «dualismo». Si bien es cierto que la teología dogmática es trinitaria por aquello del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; lo cual, aunque se diga que «Dios es uno y trino», ya supone un pluralismo, y como decíamos supone un materialismo al postularse la encarnación de Dios y la resurrección de la carne en el día del Juicio Final. Luego en el cristianismo el *yorismós* no es absoluto porque Dios se funde en la materia del hijo de María para llevar a cabo un sacrificio vicario en pos de la salvación de la humanidad del pecado original (contando también con la condenación eterna de los impíos en el fuego de la Gehenna). Es decir, el cristianismo no es sólo salvación sino también condenación. De hecho «muchos son los llamados, pero pocos los elegidos» (Mt 22.14).

En cambio, el comunismo -tal y como se expuso en los escritos de Marx, Engels, Lenin y el Diamat- es diagnosticado desde el *materialismo filosófico* como un *materialismo monista ascendente* en donde ya no hay creación del mundo sino transformación de la materia, pues ésta es eterna, tal y como lo es el movimiento en sus múltiples modulaciones. En el Diamat la materia se define como aquello que existe al margen de la percepción sensible e inteligible (contra lo que pensó un filósofo cristiano como Berkeley para el cual «ser es percibir y ser percibido», posición que tendremos muy en cuenta en nuestra Tesis Doctoral).

Y sin embargo todas las «cosas en sí» a través del progreso en la historia de la ciencia van transformándose en «cosas para nosotros», y contra el agnosticismo se piensa que no hay opacidades en el universo, y por tanto todo puede llegar a conocerse, es decir, lo que *ignoramus* no lo *ignorabimus*. Todo esto es herencia del «saber absoluto» como resultado del sistema hegeliano; un sistema que en sus conclusiones era el colmo del pensamiento espiritualista, en donde *todo lo real es racional y todo lo racional real* en la realización de la Idea mediante el desarrollo dialéctico de la Historia Universal, donde los Estados van relevándose la «antorcha de la universalidad», en tanto Espíritu del Mundo en los sucesivos Espíritus de las Épocas; hasta que finalmente, presumiblemente en suelo germánico, la realidad llegaría a autoconocerse de modo íntegro, postulándose una posición panlogista en donde el Espíritu se hace Absoluto; posición que arrastra una herencia cristiana como puede leerse en estos versículo: «nada ha sido velado que no será revelado, ni escondido

que no sea conocido» (Mt 10.26), ni «Nada hay oculto que no vaya a ser descubierto, ni secreto que no vaya a ser conocido» (Lc 12.2).

Si bien es cierto que el sistema hegeliano supone el culmen del proceso de *inversión teológica* en donde *Dios no es aquello de lo que se habla sino desde donde se habla*, es decir, Dios queda incluido en el mundo y el mundo, en su desarrollo dialéctico, es el mismo Dios en devenir, un Dios en marcha hacia su realización como Espíritu Absoluto; lo cual no supone ya una ontología vertical (de arriba y abajo) sino más bien horizontal (de antes y después o, más en rigor, de la abstracción de la Idea en sí a la concreción de la Idea para sí en tanto Espíritu Absoluto que contiene el resultado de la Historia Universal, la cual -como dice el propio Hegel- es «el juicio universal»). La trascendencia ha sido sustituida por la inmanencia y el teísmo por el mundanismo y el humanismo, en eso se resume el proceso de *inversión teológica*.

Este proceso repercute en el marxismo-leninismo con la inclusión de Dios y el Hombre en la Naturaleza, lo cual implica el ateísmo al ser la Naturaleza (la materia) el eje central de la realidad, aunque esta materia sea entendida de modo monista y no pluralista (como es el caso del *materialismo filosófico*).

Aunque en el marxismo-leninismo, pese a estar imbuido de monismo teleológico (lo cual supone un cosmismo), no se piensa en un colofón final y definitivo puesto que se supone que siempre hay progreso, como ya se pensaba así desde el *espiritualismo exclusivo ascendente* de Fichte, donde el Yo pone al No-Yo y en la resistencia del No-Yo el Yo se realiza como libertad, aunque ésta no culmina en el saber absoluto tal y como lo plantea Hegel, puesto que el progreso es infinito.

Sobre Fichte también daremos buena cuenta en nuestra Tesis al tratarse de una influencia clave en el marxismo-leninismo, no siempre tenida en cuenta o directamente ninguneada. También tendremos muy en cuenta al *materialismo pluralista neutro* de Baruch de Espinosa, pues el idealismo alemán fue posible al ser pensado contra el sistema de Espinosa; o dicho en nuestros términos: el idealismo alemán fue la *vuelta del revés* del materialismo espinosista (y del *espiritualismo teológico* de Berkeley, que denominaban «idealismo material»), y asimismo el marxismo-leninismo *invirtió* la dialéctica hegeliana. Por ello trataremos a Berkeley, Fichte, Espinosa y Hegel (en este orden, que no supone un orden cronológico sino sistemático). Estos sistemas serán muy tenidos en cuenta en tanto contrapuntos del materialismo dialéctico, esto es, como material crítico por el cual la filosofía del materialismo dialéctico se desarrolló (junto a otras tendencias). Con esto, en negro sobre blanco, nos dispondremos a darle la *vuelta del revés* desde el *materialismo filosófico* al marxismo-leninismo, con lo cual intentaremos llevar a cabo, tal y como reza el

subtítulo de la Tesis, la crítica del *materialismo filosófico* al marxismo-leninismo.

Todo esto, nos parece, es estrictamente necesario para estudiar la polémica entre materialismo y espiritualismo y así confrontar al materialismo dialéctico con el *materialismo filosófico*, por el cual tomamos partido al mostrar mayor potencia al poder explicar al materialismo dialéctico y éste no poder hacer lo mismo con aquél. En este 2017 veremos si mi Tesis cumple sus objetivos o hasta cuanto se aproxima.

4. Analogías entre comunismo y cristianismo

Cuando hablamos de «analogías» nos referimos a las analogías de proporción: ocho con respecto a cuatro es lo mismo que cuarenta respecto a ochenta, pero no es lo mismo ocho que ochenta. Es decir, hablamos de semejanzas y diferencias pero no de identidad. Veamos a continuación el diccionario de términos que pone negro sobre blanco un filósofo liberal, que por tanto no era comunista pero tampoco cristiano, del otrora Imperio Británico llamado Sir Bertrand Russell:

Jehová: Materialismo dialéctico.

El Mesías: Marx.

Los elegidos: El proletariado.

La Iglesia: El partido comunista.

El segundo advenimiento: La revolución [pendiente].

El infierno: El castigo de los capitalistas [las chekas, los gulags].

El milenio [el Reino de Dios]: El Estado comunista [la emancipación humana y el fin de la explotación del hombre por el hombre que supone la abolición del Estado]³.

Las semejanzas entre comunismo y cristianismo son fuertes a causa de que tanto uno como otro parten de esquemas escatológicos. «Escatología» es una voz griega que significa «estudios de las ultimidades». Tanto en el comunismo como en el cristianismo hay un fin: ya sea un fin del mundo (o de la era) o un fin de la historia (o de la «prehistoria») que supone «el fin de la explotación del hombre por el hombre». Y en este caso ya no hablaríamos de analogía de proporción sino más bien de analogía de atribución, pues el marxismo-leninismo estaba inmerso en una tradición de pensamiento escatológico en el que se postulaba un fin al que tendía el Género Humano. Este esquema de pensamiento es criticado por el *materialismo filosófico* como el esquema metafísico por antonomasia,

(3) B. Russell, *Historia de la filosofía*, Traducción de Julio Gómez de la Serna y Antonio Dorta, RBA Grandes Obras de la Cultura, Barcelona 2005, Pág. 411, corchetes míos.

o la fase superior del pensamiento metafísico, que culmina tras un proceso de *inversión teológica*.

El primer analogado de este esquema de pensamiento (que a nuestro juicio, además de metafísico, sería un pensamiento mitológico *tenebroso*) vendría a ser el mazdeísmo, la religión de Zoroastro en la antigua Persia, donde se pensaba que Ahura Mazda, el Dios verdadero, puso en funcionamiento dos espíritus: Spenta Mainyu (el bien) y Angra Mainyu (el mal), con la consecuente victoria final de Spenta Mainyu y la condena de los que han elegido el camino de Angra Mainyu en la caída a los abismos del puente Chinvat. Esta doctrina pasaría al judaísmo con la figura del Mesías y la victoria de Israel contra sus enemigos y la restauración del Reino paradisiaco terrenal de Israel en la tierra prometida (el Sacro Imperio Judaico). Y a través del judaísmo llegaría al cristianismo. Cristo volverá al fin de los tiempos a juzgar a los vivos y a los muertos y de ese modo se pondrá de manifiesto los secretos de la revelación de Dios (Apocalipsis). Aunque tal juicio y revelación vendrán precedidos por un combate que supondría la batalla final: «Así será el final de la era: vendrán los ángeles y separarán a los malos de entre media de los justos y los arrojarán al horno del fuego [Dn 3.6]; allí estará el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 13.49-50).

En el siglo III un tal Sabelio predicó la herética doctrina que consistían en afirmar que las tres personas de la Santísima Trinidad no se daban de manera simultánea sino sucesiva, es decir, en el devenir del tiempo histórico, de la historia sagrada (por eso no se trataba todavía de una filosofía de la historia, como tampoco lo era la *Ciudad de Dios* de San Agustín, sino de una teología de la historia). Es decir, primero llegó la Edad del Padre, después la Edad del Hijo y por último la Edad del Espíritu Santo; posición que diagnosticamos como *espiritualismo asertivo ascendente*, porque el espíritu no es absoluto y va *ascendiendo* hacia la apoteosis de la Edad del Espíritu (sin perjuicio de que haya un prólogo *descendente*).

En el siglo XII un monje calabrés, Joaquín de Fiore, predicó una doctrina muy parecida, y añadió que el fin del mundo llegaría en el año 1260 (él murió en 1202, luego no fue testigo del fraude de su profecía). Conclusión a la que llegó a raíz de unos versículos del *Apocalipsis*.

En la filosofía de la historia del marxismo-leninismo (el denominado «materialismo histórico»), el desarrollo dialéctico de la lucha de clases concluye con el triunfo del proletariado en donde se acabarán los antagonismos de clases y la explotación del hombre por el hombre (lo cual también acabaría con la *dialéctica de Estados* y, en consecuencia, sería el fin del *poder militar* y del *poder diplomático*). La revolución es la salvación, la emancipación. El comunismo final -se pensaba (algunos ingenuos lo siguen pensando, como si la URSS no hubiese caído o, es más, como si ésta ni siquiera hubiese existido

o repercutido en el marxismo)- traería la paz mundial y el progreso hasta el infinito. Pensamiento que no era ajeno en el judaísmo y el cristianismo como se pone de manifiesto en este versículo de Isaías: «Y [Yahvé] juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra» (Is 2.4).

En el marxismo-leninismo también se pensó en una batalla final, la cual supondría la revolución que enfrentaría a burgueses contra proletarios a nivel mundial, con la consecuente victoria del proletariado. La política real mostró que las cosas no son tan sencillas y la *dialéctica de Estados* hizo que los acontecimientos se desencadenasen de un modo muy diferente al que con no poco optimismo se esperaba. Las *prolepsis* o *los planes y programas* que los comunistas habían diseñado (así como los *finis operantis* de sus esperanzas y sueños revolucionario-escatológicos) quedaron desbordados por el *embrollo* dialéctico de la política real y los *finis operis* que objetivamente se impusieron barrieron la tesitura escatológica del fin de la explotación y de las guerras, y la historia continuó y continúa con sangre, sudor y lágrimas. Todo sueño escatológico quedó barrido tras un baño de realismo político en la misma política real, que era geopolítica. Son cosas que pasan, que siempre han pasado y que pasarán, al menos en esa monstruosidad llamada Historia Universal, en la que ni hay juicio universal ni en consecuencia salvación y condena universal.

Este es otro de los puntos fuertes de nuestra Tesis Doctoral, y de hecho como capítulo final, en donde contrastaremos diferentes *relatos* que muestran de manera apabullante que los sueños escatológicos de la revolución mundial quedaron pulverizados en el despertar de una pesadilla, la cual supuso dos guerras mundiales y más de una docena de guerras civiles por todo el mundo. Como decíamos: la situación geopolítica más complicada que vieron los siglos, y no se resolvió precisamente de modo escatológico: ni para comunistas, ni para capitalistas, ni para fascistas, ni para nazis, ni para japoneses, ni para judíos ni tampoco para cristianos. Se resolvió con la inteligencia de la crítica de las armas y con la paz política y militarmente implantada de los imperios vencedores: Estados Unidos y la Unión Soviética, que se disputaron la paz durante algo más de cuatro décadas en la Guerra Fría: otro *embrollo* geopolítico tremendo y fascinante.

Por ello, todo pensamiento escatológico de salvación universal, desde las coordinadas críticas del *materialismo filosófico* que *trituran* todo monismo teleológico y todo fin de la humanidad en la que tal enigmática señora posea las claves de su autodirección, es pura fantasía o *música celestial*; y como botón de muestra no hace falta traer toda la artillería crítica del sistema de Bueno, sino que la

historia misma lo muestra. Mismamente la crucifixión de Jesús en la cruz, que con un dolor intenso y apabullante no pudo salvar a la humanidad: «Dios mío, Dios mío. ¿Por qué me has abandonado?» (Mt 27.46). Y la caída de la Unión Soviética, que por cierto no deja al sistema de Marx intacto y por ello ha de ser no ya *triturado* sino reestructurado en una *vuelta del revés* que elimine todo componente escatológico-soteriológico y afronte los problemas de la política real con realismo político, como lo haremos en nuestra Tesis desde el *materialismo político*, con mayor o menor fortuna y sin salvar ni condenar a nadie. Se supone que somos filósofos, no jueces.

Pero, como decíamos, si hablamos de analogía entonces hay que tener en cuenta el momento de las diferencias, las cuales son tan potentes, o más, que las semejanzas. Y la diferencia más notable que hemos encontrado la hallamos en varios versículos de la Biblia, los cuales son una llamada contra todo tipo de subversión contra el orden vigente, es decir, contra la revolución. Leamos algunos de estos versículos que muy bien podrían ser tachados como «reaccionarios» o «contrarrevolucionarios».

Dice Pablo de Tarso:

Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que *quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios, resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos*. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo» (Rom 13.1-4, cursivas mías).

Pero proceda cada cual conforme al don que Dios le ha repartido, y según el estado en que se hallaba cuando Dios le llamó a la fe; y así es como lo enseñó en todas las Iglesias. ¿Fue uno llamado siendo circunciso? No afecte parecer incircunciso. ¿Fue otro llamado estando incircunciso? No se haga circuncidar. Nada importa ahora el ser circuncidado, y nada importa el no serlo; lo que importa a judíos y a gentiles es la observancia de los mandamientos de Dios. *Manténgase, pues, cada uno en el estado que tenía cuando Dios le llamó. ¿Fuiste llamado siendo siervo? No te impacientes viéndote en tal condición; antes bien saca provecho de eso mismo, aun cuando pudieses ser libre*. Pues aquel que siendo esclavo es llamado al servicio del Señor, se hace liberto del Señor; y de la misma manera aquel que es llamado siendo libre, se hace esclavo de Cristo. Rescatado habéis sido a gran costa, no queráis haceros esclavos de los hombres. Cada uno, hermanos míos, permanezca para con Dios en el estado civil en que fue llamado» (I Cor 7.17-24, cursivas mías).

Esto pone sobre el tapete que, contra lo que erróneamente se ha dicho, pese a que el marxismo-leninismo es una filosofía de tinte escatológico, dado su monismo teleológico y su herencia del idealismo alemán de sistemas como el de Fichte o el de Hegel, éste, sin embargo, no fue una religión, sino más bien una contra-religión.

Bibliografía

- Bueno, G., *Ensayos materialistas*, Taurus, Madrid 1972.
- Losurdo, D., *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*, Traducción de Antonio Antón Fernández, El Viejo Topo, Roma 2008.
- Marx, K. y Engels, F., *Sobre la religión*, Edición preparada por Hugo Assmann y Reyes Mate, Ágora, Salamanca 1974.
- Piñero, A., *Todos los evangelios*, Edaf, Madrid 2009.
- Russell, B., *Historia de la Filosofía*, Traducción de Julio Gómez de la Serna y Antonio Dorta, RBA Grandes Obras de la Cultura, Barcelona 2005.

Fecha de recepción: 18-11-2016

Fecha de aprobación: 28-11-2016

